

EL PENSADOR

La mujer alucinada entró con desconfianza en la sala sicoanalítica. Un anciano médico de zapatillas de cuadros la había saludado amablemente tras abrirle la puerta. Los ojos de la joven, acompasados por sus pies, siguieron los cuadros de zapatillas hasta dar a un verde diván de terciopelo. El junco que era su espalda se partió para caer sobre el suave diván. El venerable médico se sentó en un mullido sofá, escoltando la oscura cabeza. Una serie de interrogantes en forma de seseo entraron por los oídos de la muchacha. Ésta se sumergió en un profundo sueño. La mujer comenzó a relatar una visión al anciano, que iba tomando notas en su expediente. Un universo de aguas tranquilas y redondo, como la ficha azul de un parchís, envolvía una imagen. En el centro de su mundo surgía el cuerpo desnudo de un hombre. Sobre una sólida roca marina el hombre estaba sentado. Su atlética espalda se encorvaba ligeramente, haciendo descansar su cabeza sobre una de sus nudosas manos. El hombre meditaba tras el horizonte de su brillante mirada, mientras su cuerpo expandía ondas terapéuticas hacia la mente de la mujer. La sique del hombre, organizada por números pitagóricos, componía melodías de una armonía angélica que envolvían a la alucinada mujer. Las formas apolíneas de su cuerpo penetraban en la mente dionisiaca de la joven, suavizando su mar embravecido. De repente el sonido inesperado de un claxón se escurrió por la ventana entreabierta de la gran sala, rompiendo el equilibrio de la visión. La joven se incorporó y dio,

esbozando una sonrisa, unos billetes al anciano médico. El facultativo, devolviéndole la sonrisa, la despidió a la entrada de la casa. Las visitas de la mujer al anciano se iban espaciando más en el tiempo. Cada vez que la mujer entraba en la sala, se recostaba en el diván e iba narrando la imagen visionaria al anciano. El universo de El Pensador iba apoderándose de la sala sicoanalítica. La luz de sus ojos, como una fuente de brillos luminosos, iba bañando de frescura el gris espacio neuronal. La mujer, cada vez que experimentaba la visión, se sumergía en un universo de tranquilidad gracias a la contemplación de su imagen. Los silencios de éste rebelaban a la joven un mundo donde la cálida belleza del hombre se expresaba sobre una fuerza de un cierto realismo pragmático. La espalda de la mujer pasó de ser un inflexible junco quebrado a una elástica cuerda de un arpa. Los silencios de El Pensador, en forma de suave brisa, hacían susurrar la dorada cuerda del arpa. El Pensador rehabilitó la espalda de la joven e hizo con sus meditativas ondas expansivas desintegrar el diván sicoanalítico, por lo que la mujer aterrizó en el suelo con sus enormes pies de extraña cenicienta. La cabeza por fin se sostenía sobre una columna flexible como la vida y ésta sobre unos pies de un necesario realismo. El Pensador, con la fuerza de su integridad, pasado el tiempo, hizo desaparecer al anciano médico y acabó por arrastrar a la sala, en cuyo centro se hallaba la mujer, la refrescante y saludable marea de la vida.

